

Prólogo

Imagina que Dios tiene pies. Con diez dedos, uñas, tal vez uno o dos juanetes divinos. Y si por casualidad decidiera posar esos pies en la Tierra, imagina uno de ellos sobre una nube y el otro balanceándose, estirándose hasta encontrar apoyo en la esfera celeste que gira frenéticamente debajo. ¿Qué es lo primero que el Pie Divino debería tocar cuando, desde la parte más baja del Cielo, llegara a la Tierra? El techo, por supuesto. El techo del mundo. El territorio de mayor altura en la Tierra, cercado por las alturas de los montes Himalaya, Karakorum y Kunlun como un zafiro protegido en su engaste de oro. Dios podría entonces aterrizar en los escarpados contornos del Himalaya, posarse sobre sus cumbres talladas, respirar ese aire puro donde vuelan los buitres y los quebrantahuesos.

Desde esa perspectiva, el Ojo Divino podría echar un vistazo a las siluetas humanas que, como hormigas, trajan en las pequeñas aldeas y en las ciudades más grandes del país apoyado en el techo del mundo, territorio de nieves que los hombres conocen como Tíbet.

Si esa visita se hubiera realizado entre los siglos x y xix (de acuerdo con la cronología occidental), las escenas

contempladas no habrían sido muy distintas. Habría visto un campesino, con el cabello negro sujeto en una trenza que cae sobre la espalda, blandiendo su guadaña en los dorados campos de cebada. Una mujer de piel bronceada inclinada sobre un arroyo que fluye, cantando mientras enjuaga la ropa en el agua pura. Una joven que arroja estiércol seco de yak en el horno de su cocina. Un hombre vestido de rojo, con incienso en las fosas nasales, sentado con la cabeza erguida y la mente tan quieta y en blanco como una charca congelada. Debido a que las montañas que protegen el país de las nieves hacen muy difícil llegar a él, sus habitantes han vivido relativamente tranquilos e inmutables durante cientos de años.

No obstante, si Dios hubiera aterrizado durante el año 1954 de la era cristiana, el Ojo que Todo lo Ve habría sido testigo de escenas por completo discordantes con aquellas de los siglos anteriores. Grupos de hombres con uniformes del color de la tierra tibetana se mueven desde el este, desde el país del dragón, a través del serrado paisaje de Tíbet. Cada batallón avanza con movimientos coordinados, tal como podrían moverse las patas de una araña para atravesar un gran desierto. Cada hombre lleva en sus manos un rifle con la devoción con que una madre lleva a su hijo. En un monasterio situado al sur los monjes contienen la respiración. Están sentados en círculo, alrededor del sagrado mandala que devotamente han formado con arena de varios colores. Sus rostros, habitualmente plácidos, se tensan cuando las lustrosas botas negras que cubren los pies de los hombres uniformados arrasan su obra. En la región oriental de

Tíbet volutas de humo negro se alzan desde las ciudades hacia el limpio aire de la montaña. Palabras nunca oídas en el lugar salen de la boca de los huéspedes no invitados que llegan desde el país del dragón. *Los liberaremos. Acabaremos con los imperialistas extranjeros. Larga vida al presidente Mao.* Desde las casas de los nativos se oyen lamentos y expresiones como *trasladado a un campo de prisioneros o desaparecido.*

En Lhasa, la capital, un anciano llamado Tenzin, vestido con la túnica rojiza de los monjes, se sienta en el suelo húmedo de una cárcel china. Tiene la cara tan arrugada que recuerda a una carta topográfica. Aun cuando su mirada se posa en un orinal colocado frente a él, sobre el suelo de mármol, sus brillantes ojos ven más allá de las paredes que lo mantienen enjaulado junto a sus compañeros de celda. Fue azotado hasta que su espalda se convirtió en una llaga sangrante. Las heridas le causan dolor, pero permanece imperturbable.

En la ciudad de Shigatse, el humo asciende a través de los orificios de los techos planos. Si el Ojo espicara la cocina a través de una de esas aberturas, podría distinguir a la mujer llamada Rinchen, que, erguida sobre sus pies doloridos, tritura carne de cabra. A su lado, en la cocina hierve un sabroso caldo donde bailotean trozos de ajo, granos de pimienta negra y cebolla picada. De pie sobre un banco de madera, su hijito de siete años mira con atención la marmita bullente. El vapor y las cebollas irritan y escuecen sus ojos de niño. La voz de la madre es afectuosa cuando dice: «Qué niño travieso. Si tocas otra vez esa olla, esta noche dormirás fuera, con las cabras».

A través de la ventana de la cocina Rinchen puede ver a Dorje, su esposo, atendiendo a los animales encerrados entre las paredes de su patio. Lleva unos granos de cebada hacia la tibia boca de su yegua favorita, que husmea contenta su mano, y le acaricia el pescuezo aterciopelado mientras susurra palabras tiernas en su oreja ladeada. Al otro lado del corral dos yaks enormes y peludos esperan pacientes alguna invitación. Apoyados en una pared, se ven veinte fardos de lana que serán cargados a lomos de estas pacientes bestias. Al día siguiente Dorje las azuzará, junto a otras de su especie, a lo largo de los polvorientos caminos de su ruta comercial.

Hacia el oeste, en un elevado paso del Himalaya, es posible ver a un hombre y una mujer que ascienden con esfuerzo. Para un observador distante, la ropa que llevan enmascara su origen y su piel blanca. Pero en esta escena hay más, un rastro que solo la sensibilidad superior de la Deidad es capaz de percibir. La sangre que desde hace días rezuma en las botas de cuero de la mujer, mezclada con la delicada piel que la fricción desprendió de los talones. Los latidos que el hombre siente en su cabeza, anunciando otra migraña provocada por la altura, que lo obnubilan y ponen fin a sus reflexiones acerca de la posibilidad de ser capturados y expulsados del país al que están ingresando de manera ilegal. Los bultos que cargan a la espalda y se vuelven peligrosamente livianos a medida que sus provisiones merman. Solo la mente de Quien Todo lo Sabe puede descubrir qué misterioso objetivo impulsa a estos dos obstinados viajeros a seguir adelante con su guía *sherpa*. Un propósito que nadie entre los miembros de su familia, sus amigos y, especialmente, sus involuntarios anfitriones puede comprender.

PRIMERA PARTE

24 de mayo de 1954

Dorje

Mi madre me enseñó a postrarme en cuanto supe caminar. «Une las manos sobre tu cabeza, llévalas luego a tu pecho y baja como Abu, a cuatro patas hasta tocar la tierra con el suelo. Conserva siempre en tu corazón el amor por Su Santidad». Abu era nuestra mascota, un cachorrito, y mi madre me indicaba cómo postrarme tratando de que la imitara. Todos los días me llevaba consigo al templo, me enseñaba a orar por todos los seres sensibles. «Aunque tu padre sea chino, aprenderás a ser un buen tibetano», me decía.

Cuando crecí un poco, mi madre advirtió que sabía ponerme en el lugar de otros y comprenderlos: «Tal vez se deba a que tienes dos sangres distintas. Tu destino es ser amigo del tigre y del conejo, aunque ellos sean enemigos».

Supongo que es bueno ser amigo del tigre y del conejo. Cuando me lo dijo, yo era demasiado joven para imaginar de qué manera lo comprobaría. Pero ahora en mi país se sienten los colmillos del tigre. Y sus dientes pueden ser tan dañinos como la punzada de varios cuchillos.

Me refiero a los chinos. Los tibetanos hablamos de ellos todo el tiempo. Cuando nos sentamos a tomar el té,

me entero de que los chinos se llevaron los yaks de Palden. Cuando trillamos la cebada en el tejado, me dicen que el Ejército Popular de Liberación le quitó su cebada a Tashi, mi vecino.

Cada vez que hablamos de los chinos recuerdo que tengo ambas sangres, pero no me siento uno de ellos. Al menos, no como los ven mis amigos tibetanos. Mi padre era oriundo de Amdo, donde había más chinos que aquí en Shigatse. Él y mi madre se casaron porque sus familias se conocían, vivían en buena vecindad, sin ningún problema.

En estos últimos años las cosas son muy diferentes. Ya no es posible la buena vecindad con los chinos porque ellos dicen que han venido a «liberarnos». Cuando lo oí por primera vez, me dio la risa. Otros tibetanos también se rieron ante una idea tan tonta. Liberarnos ¿de qué?

Pero ahora hay una sensación desagradable, un nudo en el estómago, un sentimiento de rabia. Y tenemos miedo. Durante años los chinos han llegado, se han ido y han regresado. Cuando se marchan, bebemos *chang* para celebrarlo y decirnos que el problema se ha resuelto. Pero cada vez que regresan se quedan durante un periodo más largo y rezamos con más fervor para que se vayan.

Ahora parece que piensan quedarse.

No nos gusta ver que un chino se ríe abiertamente, sin respeto, cuando decimos nuestras oraciones. Porque aquí, en Tíbet, no existe algo más importante que nuestra religión.

Sin embargo, aunque siento la misma rabia que mi pueblo, también puedo ponerme en el lugar de los chinos. Para mí no es difícil mirar a la cara a cualquiera de esos

jóvenes soldados y entender lo que lleva en el corazón. Es orgulloso. Cree que nos trae la suprema sabiduría del presidente Mao. Cuando nos contempla, ve campesinos supersticiosos con la cara sucia. Cuando mira el suelo que pisamos, ve territorio chino.

Hablo chino y tibetano, por lo cual a menudo mi gente me pide ayuda cuando tiene un problema con los chinos. Es entonces cuando me ubico entre el tigre y el conejo y pienso en la mano tibia de mi madre acariciando mi mejilla al referirse a ese tema, tanto tiempo atrás.

Esta situación es muy difícil de sobrellevar para mi esposa.

— Cuando ayudas a esas personas, pones en peligro a tu familia — me dice.

— Mi destino es ayudar a la gente de esta manera — le respondo.

— ¡Ah, sí! El tigre, el conejo y tu destino. ¿Qué hay de nuestra familia?

En esas ocasiones recuerdo que aquí la gente dice que mi esposa no tiene buenos modales. Ella llegó con su familia desde la provincia de Kham cuando era solo una niña y tiene las rústicas maneras de su lugar de origen. No me molesta, porque sé que es solo su apariencia exterior. Su corazón es dulce y tierno.

El lama Norbu nos dijo que en su vida anterior Rinchen fue un panda. Sé que es verdad. Rinchen es una osa de suave pelaje negro, grandes ojos oscuros y, también, largas y afiladas garras. Un día comprobé que Rinchen era la encarnación de un oso. Un soldado comunista apareció en la calle por la que caminábamos hacia el templo llevan-

do manteca de yak para cebar los faroles. Él se acercó para tocar a nuestro hijo Champa. El soldado sonreía, y yo creí que Champa le había agradado. A todo el mundo le gusta porque es cómico. Pero, en el caso del soldado, Rinchen se colocó delante de nuestro hijo cerrando los puños con firmeza. Creo que lo asustó, porque, aunque tenía un arma, se alejó con gran rapidez. Tal vez vio las largas garras del alma de Rinchen dispuestas a destrozarlo.

Rinchen me llamó la atención en cuanto llegó de Kham. En Shigatse todos nos referíamos a ella como la niña que sabía domesticar perros salvajes. Tal vez se debía a que en una vida anterior había sido un oso. Las jaurías que vagaban por las calles podían olerlo y les causaba miedo. Cuando la conocí, no era más alta que una oveja y le llevaba a su madre un gran bolso del mercado. Para mis adentros decía que era «pequeña como una oveja y fuerte como un oso». Cuando pasaba junto a los perros de nuestro vecindario, estos se calmaban. Cualquiera otra persona se veía obligada a arrojarles piedras para mantenerlos alejados, pero Rinchen no las necesitaba. Yo la veía acercarse desde la ventana del segundo piso de nuestra casa y la miraba pasar hasta que la perdía de vista. Durante todo el trayecto ella avanzaba serena, sin que los perros la molestaran.

Cuando cumplí doce años, descubrí que mis padres habían arreglado mi matrimonio con la niña que domesticaba perros salvajes. Me sentí muy feliz porque era una jovencita fuerte y valiente, y pensé: «Nuestra vida en común será buena».

Nuestra vida ha sido buena, aunque a Rinchen no le agrada mi curiosidad. He podido comprobar más de una

vez que mi esposa es muy sabia. En mis oídos resuenan siempre las palabras con que me advierte que mis indagaciones pueden traernos problemas, pero aun así suelo husmear por ahí como un ratoncito entrometido.

Ayer, por ejemplo, saludé a nuestra nueva vecina. La mujer de Estados Unidos a quien, junto con su esposo, tal vez vigilen los suspicaces chinos. Los occidentales son el enemigo, eso dicen.

Los norteamericanos llegaron hace una semana y se instalaron en la casa vecina, que pertenece al regente de Tíbet. Para proteger nuestras tradiciones y nuestra religión de las influencias externas, durante siglos fue excepcional que las autoridades tibetanas autorizaran a los extranjeros a permanecer en el país. En consecuencia, es sorprendente que ellos se encuentren en Shigatse. Pero, dado que se alojan en la casa del regente, está claro que cuentan con su autorización. Yo, sencillamente, no logro comprender la presencia de estos vecinos. Como una comezón que me obliga a rascarme, ese misterio me lleva a pensar constantemente en el tema.

Nuestras casas están muy próximas. Cada una de ellas se encuentra en uno de los ángulos de su respectivo patio y esos ángulos son contiguos. Por este motivo, es posible vislumbrar algo a través de las ventanas. Cuando lo hice, surgieron en mí muchas preguntas. ¿Es solo mi impresión o el cabello de los extranjeros, en lugar de ser liso, forma en su cabeza ondas similares a las olas del mar? ¿Sus ojos son en verdad tan claros y transparentes que al mirarlos es posible ver a través de ellos? ¿Por qué están en mi país? ¿Puedo ayudarlos en algo? Hablo inglés, lo aprendí cuan-

do los británicos tenían aquí una misión, uno de ellos me enseñó.

Tal vez estábamos destinados a conocernos, porque ayer miré al otro lado del cerco de mi patio y allí estaba ella. La mujer de la rebelde cabellera roja barría el polvo en la entrada de su casa. Llevaba el pelo recogido, pero algunos mechones más cortos ondulaban alrededor de su rostro pálido, con pecas en la nariz y mejillas rosadas. Era alta y me sorprendí al ver que llevaba una *chuba* de seda roja. Aunque se cubrió tímidamente la boca con una mano, pude ver su sonrisa. Estaba a punto de saludarla en inglés, cuando ella dijo «*Tashi Delek!*» con un perfecto acento de Lhasa. El desconcierto me impidió responder. Permanecí como una estatua, mirando sus ojos verdes. Luego mi vecina hizo una reverencia, a la que yo correspondí. Por fin, dije con mi inglés vacilante: «Que tenga un buen día». Solo intentaba desearle una jornada agradable, pero recordé que era una manera de despedirse, de modo que consideré que debía marcharme. Hice otra reverencia, que ella devolvió. Me sentí tan tonto que, sin más, me alejé. Seguramente ella pensó que fui grosero por haberme despedido tan pronto.

Para reparar mi descortesía, he decidido ofrecerles un «*chang* de bienvenida»: una jarra de té con manteca de yak y otra de *chang*. Tengo previsto hacerlo mientras Rinchen va a buscar agua del río para cocinar. Si se enterara, se tiraría de las trenzas y me gritaría: «¿Por qué hablas con esos extranjeros? ¿Quieres que los chinos empiecen a vigilarnos también a nosotros?».

Al pensar en la posibilidad de que mi actitud nos depare problemas, siento una opresión en el pecho.

Emma

29 de mayo de 1954

Querida Genevieve:

¡Saludos desde Tíbet! Al cabo de una semana y media en la ciudad de Shigatse, nos estamos aclimatando. El regente del lugar, un hombre de noble cuna, nos concedió su autorización para establecernos e incluso nos alquiló una casa de su propiedad. No puedo explicarte cuánto nos sorprende que nos hayan permitido quedarnos. Creíamos que nos darían una patada en el trasero en cuanto nos vieran. Gerald opina que cautivé al regente con mi dominio del idioma tibetano o que tal vez se deba a que Dios nos ayudó. Por mi parte, supongo que sencillamente el hombre necesitaba el dinero de la renta.

Nos llevó cuatro semanas atravesar las montañas a pie desde la frontera de Nepal. Nos alegramos de llegar antes del mes de junio, cuando comienza la época del monzón y el viaje es mucho más complicado. Teníamos un guía *sherpa* llamado Tsultrim, que estaba tan seguro de que no seríamos admitidos en Tíbet que había prome-

tido acompañarnos hasta que nos deportaran. Nos miraba extrañado. Me recordaba las reacciones habituales de los funcionarios mientras hacíamos nuestros preparativos. Pensaban que debíamos de ser tontos. O misioneros, que en general son considerados tontos. Le aseguré a nuestro guía que no éramos religiosos, sino turistas (y tontos).

Por fortuna, Tsultrim era muy listo y nos condujo por rutas poco frecuentadas para eludir a las autoridades tibetanas. La travesía fue muy exigente. Es difícil describirla. Cuando llegamos a los cinco mil metros de altura, Gerald creyó que le iba a explotar la cabeza. En uno de los pasos de la montaña más alta perdí por completo la sensibilidad en la cara. Tsultrim decidió que debía tenderme en el suelo y descansar. Gerald me dijo que deliraba, no dejaba de preguntarle si habíamos estado hablando. Se preocupó y asumió su papel de médico; me hizo preguntas que reconocí vagamente porque se las había formulado más de una vez cuando preparaba sus exámenes de neurología. Cuando me incorporé y le pedí que cerrara la boca, le dijo a Tsultrim: «Ha vuelto a la normalidad». El guía respondió: «Se sentirá mejor cuando bajemos». Al descender, mis mejillas recuperaron su color y las sentí tan ardientes como si las hubiera quemado el sol.

La casa que ocupamos está llena de encantadores muebles tibetanos de madera tallada, con flores y pájaros pintados en colores brillantes. Disponemos de dos habitaciones, incluida la cocina, con un fogón de hierro forjado cuyo combustible, por sorprendente que parezca, es el estiércol seco de los yaks. ¡Aquí nada se desperdicia! No es que nos tentara almacenarlo en el mismo lugar de

los alimentos, pero afortunadamente el regente nos consiguió un ayudante, llamado Phuntsog, que a cambio de una módica suma semanal nos deja el «combustible» y los comestibles en el patio. El hecho de no tener que recoger yo misma el estiércol me hace creer que Dios existe y conoce mis limitaciones.

Tratamos de vivir tal como lo hacen los tibetanos. Utilizamos un gran recipiente para hacer té con manteca, del que aquí se beben a lo largo del día unas sesenta tazas. A Phuntsog le lleva cuarenta y cinco minutos prepararlo. A mí, una hora y media. Primero, recojo agua del arroyo, luego alimento el fuego de la cocina con estiércol y coloco un poco de manteca de yak en el recipiente cilíndrico donde la batiré con sal. Hiervo el agua, arrojo un puñado de té y lo mezclo todo. Comienzo a entender por qué algunas mujeres tibetanas son tan fornidas como su ganado.

Otro de nuestros alimentos es el *tsampa*, una harina de cebada tostada, de sabor parecido a los copos de trigo. Curiosamente, no se utiliza para preparar un plato. Con unas gotas de té se forma una bolita para llevar a la boca. Hemos descubierto que es mucho más complicado de lo que parece. En general, una estela de harina baja por nuestro pecho cada vez que lo intentamos. Cuando nos cansamos del *tsampa*, elegimos algún otro producto tibetano, sobre todo carne de yak, queso y yogur. Nos estamos acostumbrando, que no es poco.

Dormimos en la cocina. En la casa hay otra habitación con un altar. Al principio nos pareció una distribución extraña, pero Phuntsog dijo: «Cuando llegue el invierno, comprenderán por qué deben dormir en la cocina, cerca del horno». Supongo que así será. En cuanto al altar, hay uno en cada casa.

Con los pies en el cielo

Por fuera nuestra vivienda es una típica construcción tibetana: las paredes de adobe blanqueadas se levantan en uno de los ángulos de un terreno cuadrado cercado por cuatro muros, también de adobe blanqueado, de un metro y medio de alto. Aquí todo es muy funcional, es decir, que si lo deseáramos podríamos utilizar el terreno como corral para criar yaks, una oveja, un par de caballos. En cada uno de los ángulos que forman las paredes de ese patio sobresalen sendos banderines con oraciones sujetos a un tallo de sauce. La gente del lugar suele almacenar leña en los techos e incluso sobre ella secan el estiércol de yak. O bien mezclan las boñigas con agua y forman discos que luego pegan en las paredes para secarlos, dándoles así el aspecto de una tela con lunares.

He pasado bastante tiempo maravillándome con las ventanas de las casas. Son conmovedoras. Imagina un gran rectángulo negro en una pared blanca; extiende hacia fuera los ángulos inferiores del rectángulo para que la base se agrande; coloca en el centro de esa figura una ventana con cuatro paneles y, en la parte superior, un volante similar al de un cubrecama. Si al teatral diseño en blanco y negro le sumas el hecho de que todas las puertas están pintadas de rojo, el efecto es verdaderamente hermoso.

La estancia en este lugar ha obligado a Gerald a lidiar con su fobia a la suciedad. Mientras aprendíamos la lengua tibetana en Katmandú, los nepalíes nos decían: «A esos tibetanos no les importa ser limpios. Para ellos lo único importante es su religión». ¡No podíamos imaginarnos que era literalmente así! En las ciudades los baños son apenas retretes de los que emanan hedores que llegan al cielo y bajan hasta el infierno. Al principio Gerald no quería admitir que le molestaban, de modo que cuando yo los

denominaba «cloacas celestiales» y «orinales para mofetas», él levantaba el mentón como si oyera a su padre diciéndole «Sé fuerte, hijo». Se esforzaba por ser respetuoso con la cultura del lugar. Después de los numerosos traspiés que le provocó una diarrea, abandonó su digna actitud y al igual que yo comenzó a llamarlos «palacios pestilentes». Pero, salvo los baños, los demás lugares están aceptablemente limpios, y son muy bonitos.

El acontecimiento más reciente: hemos conocido a nuestro vecino. Se llama Dorje (suena parecido a Jorge). No puedo explicarte cuánta emoción nos causó, porque nadie nos había hablado. Yo lo saludé desde el porche y al día siguiente él golpeó nuestra puerta. Cuando abrí, allí estaba, sonriendo. Traía dos teteras. Era un poco más bajo que yo y llevaba el cabello negro sujeto en una larga cola que caía sobre su espalda. Tenía el pelo brillante y el pecho amplio, aun cuando se inclinaba en una reverencia, con dignidad y humildad a la vez. Como es habitual en los tibetanos prósperos, llevaba un arete de oro y una bonita chuba negra (similar a una bata de baño con un cinturón). En un inglés melodioso, dijo: «He traído *chang* para darles la bienvenida» (*chang* es la cerveza que los tibetanos hacen con cebada). Su consideración y su rostro bondadoso me conmovieron enormemente. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Cuando le dije que nos resultaba muy complicado comer *tsampa*, rio entre dientes: la risa parecía surgir de lo más profundo de su ser. Entonces nos enseñó la técnica adecuada para hacerlo. Decidí aprovechar la ocasión para preguntarle sobre algo que nos había impresionado: prácticamente en todas las puertas, incluida la nuestra, había una esvástica. Nos dijo que era un símbolo milenario que significaba: «Todo está

Con los pies en el cielo

en orden». Se cree que es portador de bienestar. Me pregunto qué habrá pensado, mientras lo explicaba, acerca de nuestra expresión de perplejidad. Nos ha llevado un tiempo acostumbrarnos a verlas en un país lleno de budistas, tan contrarios a la idea del asesinato que no matan ni moscas.

Mantuvimos una conversación sobre temas religiosos. Le explicamos a nuestro vecino que somos cuáqueros.

—Creemos que, si permanecemos en silencio, Dios habla con nosotros —explicó Gerald.

A lo cual él respondió:

—Es como meditar, ¿verdad?

Yo no me molesté en decirle que no soy precisamente una persona devota; en cambio, cité un proverbio cuáquero: «Dios habita en cada uno de nosotros». Me miró un poco confundido. Espero tener la oportunidad de aclarar el significado de esa frase, de explicar que respetamos su religión, porque también emana de Dios.

Nunca habíamos hablado con una persona que ignorara por completo qué son los cuáqueros, por lo cual no recibimos los comentarios habituales, tales como: «Ah, esas mujeres con cofias» o «Esa gente que viaja en carros tirados por caballos» y cosas por el estilo, o alguno relacionado con la avena.

Sé que ciertos miembros de nuestra congregación están preocupados por nosotros, porque se supone que los rojos controlan el país por la fuerza, y por todo lo que se rumorea. Por favor, díles que, si bien percibimos la presencia de los chinos, no estamos en peligro. Todo indica que los tibetanos viven normalmente, de modo que no hay motivo para preocuparse.

Gerald ha estado rezando por ti. También yo, a mi manera. Espero que la primavera sea cálida y alivie los dolores que te provoca la artritis. Hazle llegar a todos los amigos nuestro cariño y nuestros saludos, y el agradecimiento por mantenernos en la Luz.

Paz.

Emma

Sentada a la mesa de la cocina, sabía que no le había dicho a Genevieve todo lo que en realidad había sucedido durante nuestra conversación con Dorje. Su cuenco se hallaba aún a mi derecha. Toqué el borde de madera, todavía tibio, como si pudiera decirme sobre él algo que explicara el pesar que sentía.

El vecino nos había preguntado el motivo de nuestro viaje.

—Gerald quiere encontrar a un gurú para aprender sobre la religión tibetana —le contesté.

—¿Busca a un maestro?

Gerald bajó la mirada y se pasó la mano por sus rizos rubios. El gesto me decía que estaba avergonzado.

—Pero creo que no estaremos aquí el tiempo suficiente para encontrarlo. Nos quedaremos solo mientras el regente lo permita.

—El lama Norbu dice que, si tu corazón es puro, el maestro vendrá a ti —afirmó Dorje con gesto grave, los ojos abiertos como flores y las palmas unidas a la altura del pecho, en la posición que se adopta para orar.

Junto al cuenco de Dorje hay una foto de mi padre. Una antigua foto en blanco y negro con los bordes ondulados y un pliegue en el ángulo izquierdo. Mi padre

con atuendo de montañero —botas de cuero, una chaqueta con ribetes de piel y gruesos pantalones de lana—, del brazo de un *sherpa*. El otro brazo está extendido, como si exhibiera el bíceps. Luce una sonrisa radiante. Detrás de él, como una sombra imponente, se ve el Himalaya.

Cuando Dorje me preguntó por qué había viajado a Tíbet, no supe qué decir. Debía hacerlo. Algo, una cuerda invisible, tiraba de mí a través de esas montañas despiadadas. No era Gerald. No era el guía. Daba cada paso por mi propia voluntad, con la cara envuelta en una bufanda para no tragar polvo. Mientras subía jadeando, con las piernas temblorosas, me sentía como un pez en un muelle, abriendo las branquias, desesperado por regresar a donde el aire es denso y nutritivo. Pero ni siquiera en esas circunstancias me permití dar media vuelta.

He explicado los motivos de mi viaje a infinidad de personas. Pero sentada ante el bondadoso rostro de Dorje, que me escuchaba levantando las cejas, le entregué la foto y no pude pronunciar una palabra. Él la tomó con suavidad y la observó.

—Es mi padre —dije al fin.

—¿Esto es el Himalaya?

Asentí. Mi vecino me miró con enorme tristeza, como si ya supiera qué había sucedido. Me sentí torpe, desprotegida. Apartando el rostro, dije:

—Él... murió. Nunca hallaron su cuerpo. —Mi voz se fue apagando. Una tristeza punzante invadió mis ojos.

—¿Y su madre?

Gerald aferró mi mano y respondió por mí.

—Murió cuando Emma era muy pequeña.

—Y ahora usted está aquí —añadió Dorje, con una sonrisa que se destacó en su piel cobriza. Había en ella alegría, una alegría surgida de haber experimentado y aceptado el dolor.

Al verlo, tomé un sorbo de té.

A partir de ese momento, adoré a Dorje. No me sentí en peligro.